

JOSEP PADRÓ



SECRETOS
DEL
ANTIGUO
EGIPTO



Josep Padró

Secretos del Antiguo Egipto



CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2020

Secretos del Antiguo Egipto
Josep Padró Parcerisa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Josep Padró Parcerisa, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-215-8
Depósito legal: B. 5.532 - 2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Presentación</i>	9
I. HISTORIA	
1. Conspiradores, espías y agentes extranjeros	15
Magnicidios en el antiguo Egipto	15
Un complot en Tell el-Amarna	26
Espías y agentes secretos en Tell el-Amarna... en el siglo xx	32
2. Egipto y el mundo egeo en el segundo milenio	41
Egipto y el mito de la Atlántida	41
La más antigua lista geográfica de Europa	52
Idas y venidas de los Pueblos del Mar	61
3. Dos aspirantes al trono faraónico que pudieron cambiar la historia	67
4. La Biblia y Egipto en el segundo milenio	73
5. Egipto y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente: en torno a la fecha de la fundación de Cádiz	85
6. Mujer y poder	93
II. RELIGIÓN	
1. Dioses y hombres de Egipto	105
2. Sexo divino y sexo humano	123
3. El mal, el pecado y el castigo	139
4. La más antigua mención escrita del nombre del dios de los judíos	155
5. Un dios egipcio singular: Bes	159
La difusión del culto al dios Bes	159
Bes en Ibiza y Cerdeña	176

6. Tueris y el oxirrinco	191
7. Los Campos Elíseos y las chufas	199
III. CIVILIZACIÓN	
1. Herederos del antiguo Egipto	207
2. Origen de la lengua y de la escritura egipcias.	219
3. La historia empieza en Egipto	233
4. Los cuatro elementos, de la física egipcia a la griega	245
5. La piedra de Roseta y los decretos trilingües ptolemaicos	261
6. Egipto en los poemas homéricos.	285
7. Vocabulario egipcio en el español	293
IV. ARQUEOLOGÍA	
1. Algunos arqueólogos ilustres que he conocido	303
Madame Christiane Desroches-Noblecourt, la gran dama de la egiptología	303
El estudio de los textos ptolemaicos: François Daumas, uno de los últimos humanistas	307
2. Desenterrar una tumba: el sepulcro de Sehu en Heracleópolis Magna	313
3. Una tumba parlante en Oxirrinco	323
V. GUÍA PARA AFICIONADOS A LA EGIPTOLOGÍA	
1. Piramidiotas y otras opiniones «peculiares» en egiptología	331
2. Instrumentos de trabajo básicos para ser egiptólogo	337
ANEXOS	
Cronología del antiguo Egipto	343
Mapa de la Necrópolis Menfita	346
Principales pirámides del antiguo Egipto	347
Mapa del Alto y Bajo Egipto	348
Índice de signos jeroglíficos	349
<i>Bibliografía</i>	357
<i>Créditos de las imágenes</i>	377

1

Conspiradores, espías y agentes extranjeros

MAGNICIDIOS EN EL ANTIGUO EGIPTO

Puede resultar sorprendente, a primera vista, que el antiguo Egipto, con una institución monárquica de más de tres mil años y con la figura del faraón sacralizada y divinizada por completo, haya podido conocer el fenómeno del magnicidio, que parece más propio de otras épocas y de culturas con instituciones políticas más inestables. Sin embargo, es bien cierto que el Egipto faraónico conoció este fenómeno, que curiosamente no ha sido objeto de un estudio histórico como tal hasta el presente. Y esos magnicidios no consisten solo en la muerte violenta de algunos reyes caídos en combate, como es el caso de Seqenenre Taa II, ni son el resultado de haber llevado la peor parte en una guerra civil, como le sucedió al desventurado Bocoris. Por otro lado, hay casos dudosos, como el del último y anónimo rey heracleopolitano tras perder la guerra contra Mentuhotep II de Tebas al final del Primer Período Intermedio. O como el enigmático suceso que tuvo lugar durante el reinado de Fiope I, al final del Imperio Antiguo. Así lo cuenta el visir y juez Uni en su autobiografía:

Hubo un proceso en secreto en el harén del rey contra la esposa real gran favorita. Su Majestad [Fiope I] me nombró único juez, sin que hubiera ningún visir del Estado, ni ningún otro magistrado salvo yo... Fui yo quien puso por escrito el proceso verbal estando solo... Jamás nadie de mi condición había oído un secreto del harén real anteriormente, pero Su Majestad me lo hizo escuchar.

El relato del juez Uni hace pensar de inmediato en un grave complot, cuyo objetivo podría ser la eliminación del propio rey. Pero la ver-

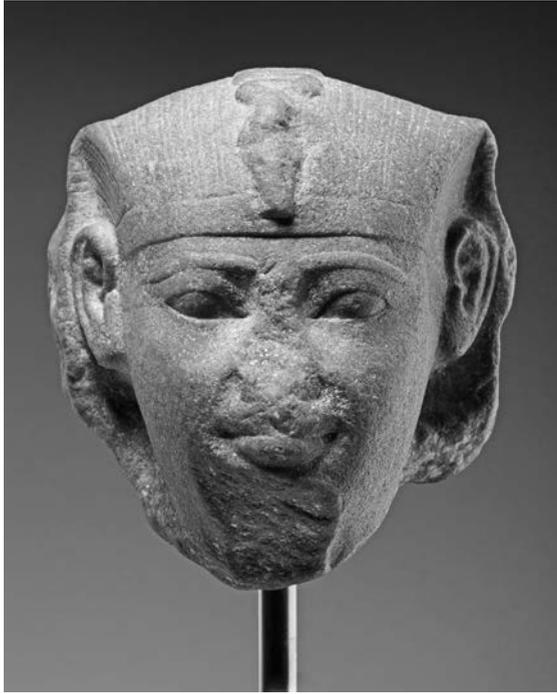
dad es que Uni guardó tan bien el secreto que se llevó literalmente a la tumba la naturaleza exacta del mismo, así como el nombre de la implicada. Por consiguiente, desconocemos cuál fue el desenlace; solo sabemos que, se tratase de lo que se tratase, el rey tuvo conocimiento de ello e hizo juzgar a la culpable. Nada más conocemos de este hecho, por lo que es mejor dejar aquí el asunto.

Destacan en especial dos hechos perfectamente documentados en los que sendas conspiraciones de palacio acabaron con la vida de dos grandes reyes, con el fin de sustituir al heredero legítimo por otro: los conspiradores pretendían ocupar el poder, pero no lo lograron en ninguna de las dos ocasiones. Esos dos casos son el del faraón Amenemes I, consolidador del Imperio Medio, y el de Rameses III, último gran rey del Imperio Nuevo. Las fuentes escritas egipcias no son muy dadas a informar sobre las miserias de la institución monárquica, lo cual hace más interesante todavía lo que sabemos de los magnicidios de los que fueron víctimas los dos faraones mencionados.

Amenemes I: bandidos dentro de casa

Tras la caída de Heracleópolis hacia el año 2040 a. C., Mentuhotep II, soberano de la dinastía XI tebana pudo reunificar políticamente Egipto y fundar el Imperio Medio. Sin embargo, su enérgica política no logró consolidar su dinastía: su hijo y sucesor Mentuhotep III tuvo un breve reinado, terminado de manera abrupta, y el sucesor de este, Mentuhotep IV, era un usurpador. La dinastía acabó en medio de disturbios, y diversos pretendientes se disputaron el trono hasta que uno de ellos, Amenemes, el antiguo visir de Mentuhotep IV, logró de nuevo reunificar Egipto en beneficio propio, fundando la dinastía XII.

El rey del Alto y Bajo Egipto Sehetepibre, hijo de Re, Amenemes I (1991-1962 a. C.), había nacido en Tebas, la capital del Estado, pero era de origen plebeyo. Logró subir al trono gracias al apoyo de las grandes familias provinciales del Alto Egipto, desposeídas de sus cargos de nomarca (gobernador provincial) por Mentuhotep II. En agradecimiento, Amenemes I les devolvió sus poderes, así como la heredabilidad de sus cargos. Consolidada de este modo su posición, Amenemes I se reveló pronto como una personalidad remarcable. Con una aguda capacidad política, diseñó una serie de directrices de gobierno, muchas



Amenemes I.

de ellas de largo alcance, que tras su muerte fueron proseguidas por sus sucesores convirtiéndose en auténticas directrices políticas dinásticas.

Una de sus primeras decisiones fue trasladar la residencia real desde Tebas a Ittauy, al norte del Egipto Medio y cerca del oasis de El Fayum. Siempre se ha relacionado esta decisión con su deseo de fomentar la explotación agrícola del oasis; pero, sin negar la veracidad de este hecho, hay otros factores de más enjundia que parecen haber determinado la decisión del rey. Por un lado, alejarse de sus antiguos aliados, la aristocracia del Alto Egipto, trasladándose al territorio de lo que fue el reino de Heracleópolis, la zona más centralizada de Egipto y donde el poder del Estado era más efectivo. Además, él mismo era faraón en tanto que nomarca o príncipe feudal de Tebas; al dejar Tebas nombró a un funcionario para gobernar el nomo, de manera que puede decirse que inició la recentralización del Alto Egipto por él mismo, al despoarse como nomarca hereditario. También cabe pensar que la elección de Ittauy, un pequeño lugar alejado de cualquier ciudad, puede deberse precisamente al deseo de alejarse de todo núcleo urbano y de su poten-

cial peligro revolucionario, como aconteció en Menfis al final del Imperio Antiguo, con la caída de la monarquía menfita.

Amenemes I reformó con eficacia toda la administración provincial, logrando un rápido regreso de todo el país a una gran prosperidad económica. Y en materia religiosa tomó una importante decisión: él personalmente era devoto de un dios local tebano, Amón, que había pasado casi desapercibido hasta ese momento. Amenemes I, cuyo nombre significa «Amón está a la cabeza», lo convirtió en dios del imperio. Así pues, el encumbramiento de Amón es debido a la decisión de este rey, y el dios egipcio asociado a la realeza mantendrá su posición hasta época grecorromana. La percepción de los beneficios de este reinado fue tal que suscitó varias obras literarias que ensalzaban su figura, entre las que destaca una donde se menciona una supuesta profecía mesiánica referida a él, la *Profecía de Neferti*.

En política exterior se preocupó sobre todo de proteger sus fronteras, así como de asegurarse el acceso a zonas productoras de materias primas y de manufacturas de importación: Sinaí, Nubia, Opone (Punt), Biblos y Creta. La zona más delicada fue el país líbico, donde hubo que realizar repetidas e incómodas campañas para intentar contener a los nómadas tehenu y chemehu, habitantes de un territorio que se estaba desertizando de manera progresiva.

Tal vez temiendo algún complot contra su vida que desestabilizase el país, Amenemes I asoció al trono, quizá en secreto, a su hijo primogénito Sesostris I (1971-1928 a. C.). Al mismo tiempo, se hizo construir una pirámide en El Lisht. El complot se produjo a los diez años, en 1962 a. C., precisamente aprovechando la ausencia de su hijo, que se hallaba dirigiendo una expedición militar en Libia.

Los colegas de Historia contemporánea critican con frecuencia a los de Historia antigua, porque estos suelen establecer los hechos de modo precario, basándose muchas veces en una sola fuente, y casi siempre no imparcial. Pues bien, aquí tenemos por primera vez en la historia del Egipto faraónico un único hecho confirmado por dos fuentes distintas, y sin relación la una con la otra.

Una de ellas es la obra llamada *Enseñanzas de Amenemes I para su hijo Sesostris I*. Pertenece al género político, inaugurado poco antes, durante la época heracleopolitana, por las *Enseñanzas para el rey Merikare*. En este género literario se supone que un rey da a su hijo consejos para gobernar, aunque se ha supuesto que ello no es sino una argucia literaria, y

que el texto ha sido compuesto en realidad durante el reinado del hijo, probablemente para justificar la legitimidad de su accesión al trono. Y ello es evidente en las *Enseñanzas de Amenemes I*, donde este faraón relata en términos bastante patéticos su propio asesinato. Durante el Imperio Nuevo se atribuyó la composición de este texto a Áctoes, uno de los escritores de nombre conocido del Imperio Medio, siguiendo instrucciones, por supuesto, de Sesostris I. El carácter del texto es claramente pesimista, muy decepcionado con la ingratitud de los hombres.

Habla Amenemes I:

Cuando duermas, que te vigile tu propio corazón, porque el hombre no tiene amigos el día de la desgracia. [...] Era después de cenar y había anochecido: me tomé un rato de tranquilidad, acostado sobre mi cama. Estaba cansado y mi mente empezó a dejarse llevar por el sueño. Entonces, se hicieron circular armas; el jefe de la guardia me era fiel, pero otros eran como serpientes de la necrópolis. Me desperté con el ruido de la lucha y estaba solo; encontré un caído, era el cuerpo del jefe de la guardia. Si hubiese cogido rápidamente con las manos las armas, habría podido hacer retroceder a estos ruines con la lanza: pero no hay nadie valiente de noche, no hay quien luche solo, no ha lugar una acción con éxito sin un protector. Pues bien, la agresión se produjo mientras yo estaba sin ti, antes que los cortesanos hubiesen oído que te había dejado en herencia el reino, antes que me hubiese sentado en el trono contigo, para que pudiesen acatarse tus decisiones. Pero yo no estaba preparado para esto, no lo sabía, y mi corazón no podía pensar en la negligencia de mis servidores. ¿Quizá un harén conduce la lucha? ¿Quizá se introducen bandidos dentro de casa? ¿Quizá se abre a los ladrones?

El complot, narrado en vivo por Sinuhé

La segunda fuente es la *Historia de Sinuhé*, obra perteneciente al género narrativo y de carácter novelesco, cuyo protagonista, Sinuhé, es un personaje de ficción que formaba parte de la expedición líbica de Sesostris I. Por casualidad, se entera del asesinato de Amenemes I y de los planes sediciosos de los participantes en el complot. Temiendo que en el peor de los casos su cabeza peligrase, y que en el mejor estalle una guerra civil en la que se vería envuelto, Sinuhé resuelve huir de Egipto. A partir de este momento se convierte en el intrépido aventurero egipcio que co-

rrerá una serie de aventuras en Asia, las cuales constituyen el verdadero argumento de la obra, considerada el clásico por excelencia de la literatura egipcia de todos los tiempos. El relato, pues, aunque muy probablemente ficticio, arranca de modo muy preciso con un hecho histórico: el magnicidio que ocasionó la muerte de Amenemes I.

Habla Sinuhé:

El año XXX, el tercer mes de la inundación, el 7, el dios entró en su horizonte, el rey del Alto y Bajo Egipto Sehetepibre fue elevado al cielo y así se halló unido al disco solar, y el cuerpo del dios quedó absorbido en aquel que lo había creado. La corte estaba en silencio; los corazones, tristes; la gran puerta doble permanecía cerrada; los cortesanos estaban recogidos con la cabeza sobre las rodillas y el pueblo se lamentaba.

Pues bien, Su Majestad había enviado un ejército al país de los chemehu y su hijo mayor era el jefe, el dios perfecto Sesostris: había sido enviado para golpear los países extranjeros y castigar a quienes estaban entre los tehenu. Y ahora él estaba volviendo, llevando prisioneros de los tehenu, así como rebaños de todas las especies, innumerables.

Los amigos de palacio enviaron mensajeros hacia occidente para comunicar al hijo del rey los acontecimientos que habían tenido lugar en la corte. Los mensajeros le encontraron por el camino, llegaron hasta él de noche. No se demoró ni un instante: el halcón levantó el vuelo con sus seguidores sin informar a su ejército.

Pero también se envió a buscar a los infantes reales que estaban en su comitiva en este ejército y se dirigió una llamada a uno de ellos. Pues bien, hallándome allí, oí su voz cuando él hablaba lejos de todos, pero mientras yo me encontraba cerca de él. Mi corazón se asustó, mis brazos se despegaron de mi cuerpo, y un temblor se abatió sobre todos mis miembros. Me alejé de un salto para buscar un escondrijo: me coloqué entre dos matas para mantenerme apartado de quien pudiese venir por el camino.

Me dirigí hacia el sur: yo no me proponía volver a esta corte, pues pensaba que habría luchas y no creía poder vivir después de estos acontecimientos.

En conclusión, un complot se urdió en el harén de Ittau y para asesinar al viejo Amenemes I aprovechando la ausencia de su hijo y heredero Sesostris I, en campaña contra las tribus líbicas. La intención de los conjurados era poner en el trono a otro príncipe real, que formaba parte también de la misma expedición. Pero Sesostris I fue avisado a tiempo y

pudo abortar la conspiración, afianzándose en el trono. Los conjurados, pues, lograron su primer objetivo, el asesinato de Amenemes I, pero fracasaron en el segundo: poner a su candidato, de nombre desconocido, en el trono. No tenemos más noticias de este magnicidio, ni de sus secuelas, excepto algunas fugaces alusiones epigráficas como las del encargado de la diadema real Emhat, alto funcionario con Amenemes I, que se mantuvo fiel y sabemos que trabajó a favor de la sucesión en el trono del heredero legítimo Sesostris I.

Rameses III: un complot de harén

El segundo caso de magnicidio bien documentado se refiere a Rameses III, segundo faraón de la dinastía XX, al final del Imperio Nuevo y de la época ramésida. (Por cierto, la única forma correcta del nombre de este faraón y la de los otros monarcas homónimos de las dinastías XIX y XX, ramésidas, es «Rameses», como lo prueban el inglés, el alemán, el italiano y el griego; la forma desgraciadamente más divulgada en español es un galicismo absolutamente incorrecto en esta lengua. Los egiptólogos francófonos la han aceptado simplemente por respeto a Champollion, que fue quien la acuñó. Obsérvese, por lo demás, la forma de las palabras derivadas «Rameseo» o «ramésida».)

A finales de la dinastía XIX, reinando Mineptah (1224-1204 a. C.), hijo y sucesor de Rameses II, los llamados «Pueblos del Mar» hicieron un primer intento, frustrado, de invadir Egipto. Poco después, el país cayó en una anarquía dinástica que no terminó hasta que Setnajt (1186-1184 a. C.) asumió el poder y fundó la dinastía XX. Pero mientras, los Pueblos del Mar habían proseguido su avance por tierra y mar, destruyendo la civilización micénica en Grecia y Creta, el Imperio hitita en Anatolia y todas las ciudades fenicias en la costa de levante, y también se habían instalado en Chipre y en Libia. Egipto, pues, estaba cercado por el este, el norte y el oeste.

El rey del Alto y Bajo Egipto Usermaatre-Meriamón, hijo de Re Rameses III (1184-1153 a. C.), tan pronto como sucedió a su padre Setnajt, tuvo que hacer frente a este peligro: si no detenía a los invasores, sabía cuál sería la suerte de Egipto; iba a ser la misma que habían corrido las otras civilizaciones, ciudades e imperios que habían sucumbido a los Pueblos del Mar: el saqueo y la destrucción.



Rameses III.

En una serie de campañas terrestres —en Libia y en Palestina— y navales —en el delta del Nilo, la primera batalla naval conocida de la historia—, Rameses III logró detener a los invasores y destruir su flota, salvando así Egipto de la destrucción. No obstante, como resultado de estas luchas, Egipto perdió su imperio asiático, si bien conservó intacto el africano, es decir, Nubia.

Rameses III tomó medidas para intentar reactivar la economía. Una crisis demográfica estaba empezando a poner en dificultades el país, y este descenso de la población se vio acompañado por la deserción de las tareas productivas. Es muy posible que Rameses III intentase paliar ambos problemas mediante deportaciones de extranjeros, que eran rápidamente egiptizados. Con todo, de uno u otro modo, la crisis económica impulsó a la corrupción a todas las clases sociales. Al respecto, resulta célebre la manifestación protagonizada por los obreros que trabajaban en el Valle de los Reyes y que vivían en el poblado de Deir el-Medina, en Tebas-Oeste, quienes previamente se habían declarado

en huelga —la primera huelga conocida de la historia— porque no les llegaba la paga.

A Rameses III le tocó vivir, pues, una época difícil, pero hay que reconocer que fue el último gran rey del Imperio Nuevo. Su templo funerario, junto a su palacio, en Medinet Habu, es el templo mejor conservado de época faraónica. Sus muros nos informan todavía de sus victorias sobre los Pueblos del Mar.

Pues bien, este gran monarca murió víctima de un complot de harén. La información nos es proporcionada por el *Papiro judicial de Turín*, en el que Rameses III mismo recapitula las responsabilidades de cada uno de los culpables y el castigo al que se le ha condenado.

El relato de la propia víctima

El juicio a los culpables tuvo lugar ya durante el reinado de Rameses IV, hijo y sucesor legítimo de Rameses III, pero el hecho de que sea este último quien habla ha hecho sospechar a algunos autores modernos de que tal vez el faraón no murió víctima de la conspiración, sino poco después y de muerte natural. Sin embargo, y dejando de lado estos escrúpulos que a la postre han resultado erróneos, el hecho de que sea la propia víctima quien hable puede explicarse satisfactoriamente: sería el propio rey el encargado de sentenciar a los culpables, debido a la gravedad de su crimen. Además, recordemos que también Amenemes I había sido el encargado de narrar su propia muerte.

El documento empieza con el nombramiento de los doce miembros del tribunal, con sus cargos respectivos, a quienes el rey difunto da las siguientes instrucciones:

«En lo referente a las palabras dichas por los hombres, no las conozco. ¡Id y verificadlas!»

Ellos se pusieron en camino, los interrogaron e hicieron que quienes me habían dado muerte muriesen por sus propias manos, sin que yo tuviese que conocerlos. También infligieron un castigo a los otros, sin que tampoco yo hubiese tenido que conocerlos, y después de que yo diera las siguientes instrucciones: «Sed concienzudos e id con cuidado para que nadie sufra por error un castigo que no le corresponda»; así se lo dije una y otra vez.

En cuanto a todo lo que ha sido hecho, son ellos quienes lo han hecho. Que todo lo que han hecho se manifieste contra ellos, mientras que yo estoy protegido y al abrigo hasta la eternidad, mientras que estoy en contacto con los reyes justificados que están en presencia de Amonrasónter, y ante Osiris, regente de la eternidad.

Esta última frase demuestra que Rameses III ya estaba muerto.

La enumeración de los conjurados está repartida en cinco listas. Los principales responsables aparecen, con sus títulos, en las tres primeras. Los de la primera relación fueron ejecutados; a los de la segunda y tercera se les obligó a suicidarse. Entre los responsables de la tercera lista destacan los nombres de Pentaur, probablemente el candidato al trono promovido por la conjura, y el de su madre, la reina Tiyi, que fue quien organizó el complot junto con otras mujeres del harén. Estas listas nos informan asimismo sobre la organización de la conjura, basada en tres ramificaciones: una en el harén, otra en el ejército y una tercera entre el clero, esto último confirmado por el *Papiro Lee* y el *Papiro Rollin*, con textos pertenecientes al mismo dossier.

La cuarta lista, del *Papiro judicial de Turín*, enumera cuatro personajes sentenciados a la mutilación de orejas y nariz. Pero lo más interesante es que dos de los condenados de esta lista, el escanciador Pabes y el escriba May, formaban parte como jurados del tribunal nombrado originariamente para juzgar este crimen. En todo caso, a los cuatro condenados de esta lista se les castigó por haber traicionado las instrucciones que se les había dado, y ello porque Pais, un militar que había participado en la conjura, les envió unas mujeres para que los sedujeran y los comprometieran tras sucumbir a sus encantos: «Las mujeres se pusieron en camino. Los encontraron donde se hallaban. Ellas los sedujeron allí, a ellos y a Pais. Sus faltas se apoderaron de ellos».

Pabes, tras haber sido mutilado, se suicidó.

La quinta lista incluye solo un nombre, Hori, que era portaestandarte de la guarnición y también uno de los doce jueces. Sorprendentemente, a este le dieron solo una gran reprimenda. La explicación es bien simple: fue él quien denunció a sus colegas a cambio de la benevolencia del tribunal.

En conclusión, en los dos casos descritos se trató de sendos complots urdidos en el harén, con el objetivo de asesinar al faraón reinante y sustituir al heredero legítimo por otro príncipe aspirante al trono. En ambas

ocasiones el magnicidio tuvo éxito, y los conjurados lograron su objetivo de eliminar físicamente al monarca. Sin embargo, fracasaron en su intento de imponer a su candidato, pues los herederos legítimos, Sesostris I y Rameses IV, sucedieron a sus padres, de modo que al final ambas conjuras acabaron mal para sus promotores. En el caso de Amenemes I, tenemos una descripción del evento, que nos permite deducir que el rey fue asesinado de forma violenta; pero no conocemos ningún nombre de los implicados en la conjura. En el caso de Rameses III, en cambio, tenemos la larga lista de los conjurados, pero hasta hace poco ignorábamos los medios utilizados, a excepción de la magia. A Rameses III se le enterró en el Valle de los Reyes, y su momia se halló, junto con tantas otras momias reales, en la primera *cachette* de Deir el-Bahari. En 2012, un equipo italiano dirigido por Albert Zink, paleontólogo del Instituto de las Momias y del Hombre de Hielo de Bolzano, cuando trabajaba en el Museo de El Cairo junto con Sahar Saleem, radióloga de la Universidad de El Cairo, se dieron cuenta de que la momia de Rameses III tenía una gran herida en el cuello, de siete centímetros, hecha con un cuchillo. La tomografía computarizada consiguiente mostró que se habían seccionado la tráquea y las arterias, y que el corte llegó casi hasta la columna vertebral. Cuando se momificó el cuerpo, en la herida se depositó un amuleto, un ojo udyat. Rameses III, pues, murió también de forma violenta, degollado.

Estos son los dos magnicidios mejor documentados de la historia del Egipto faraónico. ¿Son los únicos? Posiblemente no. Al final del convulso Período Amarniense pudieron producirse uno —o más— magnicidios. Pero eso sería ya otra historia.



Tomografía computarizada del cuello de la momia de Rameses III. Una flecha indica la situación de la herida que le causó la muerte.

UN COMLOT EN TELL EL-AMARNA

Tell el-Amarna, la efímera capital del faraón herético Ajenatón, fue escenario de varios episodios convulsos al final de su reinado. Las fuentes egipcias sobre esta época, que corresponde a los últimos años del Período Amarniense, son confusas y poco explícitas. En cambio, las fuentes escritas hititas han resultado mucho más explícitas y permiten reinterpretar mejor lo que sucedió en Ajetatón, la actual Tell el-Amarna, tras la muerte del faraón.

Ajenatón murió en el año XVII de su reinado (c. 1347 a. C.), apenas doce meses después de haber enviudado de la reina Nefertiti. Tras la muerte de esta, Ajenatón se habría casado con su hija mayor Meritatón, a la que convirtió en esposa real. Y después del fallecimiento del faraón, esta escribió una sorprendente misiva nada menos que al rey hitita Suppiluliuma.

La insólita carta de una reina viuda

Suppiluliuma se hallaba en aquel momento en guerra contra el imperio de Mitanni, aliado de Egipto y situado en la Alta Mesopotamia. Y como consecuencia de ello se encontraba dirigiendo personalmente el asedio de Karkemish, plaza fuerte situada en Siria, al oeste del río Éufrates. Fue entonces cuando recibió la misiva de Meritatón. La relación de los hititas con Egipto tampoco era muy tranquilizadora, pues los egipcios tenían que hacer frente a antiguos vasallos suyos en Siria, como Aziru de Amurru y Aitagama de Qadesh, que se habían sublevado contando con el apoyo hitita. Ello había provocado que los egipcios enviasen una expedición militar contra Qadesh, que fue detenida gracias a la rápida reacción de los hititas.

Se comprende así perfectamente la reacción de estupefacción del rey hitita ante el ofrecimiento de la reina viuda de Egipto: ¡Le pedía que le enviase un hijo para que se casase con ella y hacerle así rey de Egipto! Suppiluliuma dudó y al final se decidió a enviar a un agente de confianza a Egipto para informarse y asegurarse de cuál era la situación con exactitud antes de tomar una decisión. Mientras quedaba a la espera, el rey hitita estrechó el cerco de Karkemish y obtuvo de una vez por todas la caída de la plaza.

Veamos en qué términos se expresa su hijo Mursili al narrar estos hechos en *La proeza de Suppiluliuma*, texto conservado en tablillas cuneiformes halladas en el archivo de Bogazköy, la antigua Hattusa:

Mientras mi padre se hallaba abajo, en el país de Karkemish, envió a Lupakki y a Tarjundazalma al país de Amq [es decir, Amurru]. Ellos marcharon, pues, y atacaron Amq y trajeron de allí, deportados, ganado y ovejas ante mi padre. Pero cuando las gentes de Egipto se enteraron del ataque contra Amq, se asustaron. Y como, además, su soberano Nipjururiya [es decir Neferjeperure, o sea Ajenatón] había muerto, la reina de Egipto, que era la esposa real Dajamunzu [*Ta hemet nisut*, «la esposa real»], envió un mensajero a mi padre y le escribió lo que sigue: «Mi marido ha muerto. Yo no tengo hijos. Pero dicen que los tuyos son numerosos. Si me das uno de ellos, será mi esposo. ¡No tomaré nunca por marido a uno de mis servidores! Tengo miedo».

Cuando mi padre oyó esto, convocó a los notables en consejo y les dijo: «No me había sucedido una cosa parecida en toda mi vida».

Entonces, mi padre mandó a Egipto a Hattushaziti, el camarlengo, diciéndole: «Ve y tráeme la verdad. ¡Quizá quieren engañarme! ¡Quizá tienen un hijo de su rey! Tráeme la verdad».

Y en un colofón se reproduce la carta que a su vez Suppiluliuma re-
mitió a los egipcios:

Yo era [...] amistoso, pero vosotros [los egipcios], repentinamente, os habéis vuelto hostiles. Habéis venido y atacado al hombre [al rey] de Qadesh, a quien yo había apartado del rey del país hurrita [Mitanni]. Cuando lo oí, me enfadé y envié a mi infantería, mis carros y mis generales. Ellos se pusieron en camino y atacaron vuestro territorio, el país de Amq. Cuando ellos atacaron vuestro territorio, el país de Amq, aparentemente, tuvisteis miedo y, en consecuencia, ahora me pedís con insistencia un hijo, como si eso fuese una obligación mía. De un modo u otro se convertirá en un rehén y no le haréis vuestro rey.

Nueva carta de la reina viuda

Las fuentes egipcias nos dan a conocer a un misterioso faraón del que solo se conoce el año I. Sus nombres de entronización y de nacimiento —los dos, encerrados en sendos cartuchos— tienen una estructura se-

mejante, como si se tratase de dos designaciones de entronización solares, lo cual ha llevado a los egiptólogos a la conclusión de que ambos fueron «fabricados» en previsión de la subida al trono de un personaje cuyo nombre original era otro. El apelativo de entronización en cuestión es: Anjjeperure «Las manifestaciones de Re están vivas»; mientras que el de nacimiento es: Esmenjkare «El que hace eficiente el *ka* de Re» Dyserjeperu «De manifestaciones inaccesibles».

Los egiptólogos han llegado a la conclusión de que este seudofaraón no puede ser otro que el príncipe hitita Zannanza. En efecto, Hattushaziti, el agente hitita que Suppiluliuma había enviado a Egipto, regresó al año siguiente acompañado del agente egipcio Hani y con una nueva carta de la reina, en la que esta le daba prisa al rey hitita. Evidentemente, la reina actuaba por su cuenta: dispuesta a imponer su autoridad frente a un complot tramado para poner fin a la «revolución amarniense», había decidido jugarse el todo por el todo y pedir, ni más ni menos, ayuda al hasta ahora enemigo hitita.

He aquí la continuación del texto de *La proeza de Suppiluliuma*:

Cuando llegó la primavera, Hattushaziti regresó de Egipto y el mensajero egipcio, el noble Hani, vino con él. Entonces, puesto que mi padre, cuando envió a Hattushaziti a Egipto, le había dado las siguientes instrucciones: «¡Quizá tienen un hijo de su rey! ¡Quizá quieren engañarme y no quieren un hijo mío para hacerle rey!», la reina de Egipto contestó a mi padre en una tablilla diciéndole: «¿Por qué hablas de ese modo: “Quieren engañarme”? Si yo tuviese un hijo, ¿habría escrito a una nación extranjera? ¡Es una vergüenza para mí y para mi país! ¡No solo no me has creído, sino que además me has hablado de esta manera! El que era mi marido ha muerto y yo no tengo hijos. ¡Nunca tomaré a uno de mis servidores como marido! No he escrito a ninguna otra nación extranjera, solo te he escrito a ti. Dicen que tus hijos son numerosos: dame uno de tus hijos. ¡Para mí será mi marido y para Egipto será el rey!».

Entonces, como mi padre estaba en buena disposición, accedió a la demanda de la mujer y se ocupó de la cuestión del hijo.

Y aquí la reseña de las palabras del enviado egipcio:

Así habló Hani, el enviado egipcio, a mi padre: «¡Oh, señor, esto es [...] la vergüenza de nuestro país! Si tuviésemos un hijo del rey, ¿habríamos venido a un país extranjero para pedir un señor para nosotros? Nipjururiya

[Ajenatón], que era nuestro señor, ha muerto. No ha dejado hijos. La esposa de nuestro señor está sola. Nosotros queremos un hijo de nuestro señor [Suppiluliuma] para que reine en Egipto, y para la mujer, nuestra señora, queremos un marido. Además, no hemos ido a ningún otro país. Solo hemos venido aquí. Ahora, ¡oh, señor nuestro!, danos uno de tus hijos».

Entonces mi padre se informó de su voluntad sobre un hijo.

Por último, una de las cartas de la reina egipcia a Suppiluliuma incluye este texto:

Ahora mi marido está muerto y yo no tengo hijos [...] un hijo que acceda a la realeza [...] ¡Mira, yo me encuentro en la condición de alguien que ya no tiene familia! Envíame uno de tus hijos, y los dos grandes países no serán más que un solo país... [aquí hay una noticia sobre el intercambio de regalos].

Así yo te escribí. Después, tú has enviado a tu mensajero Hattushaziti [...] No debes rechazar mi oferta [...] yo daré a tu hijo la realeza de mi país.

El doble magnicidio: el advenimiento de Tutankhamón

Finalmente, Suppiluliuma se decidió y envió a Egipto a uno de sus hijos, Zannanza. Pero ya era demasiado tarde; el proyecto había sido descubierto con toda probabilidad por medios hostiles a la reina Meritaton, y el príncipe hitita no llegó nunca a Egipto: fue asesinado por el camino.

Leamos ahora, a este respecto, un pasaje de las *Plegarias de Mursili II contra la peste*, escrito por ese hijo y segundo sucesor de Suppiluliuma:

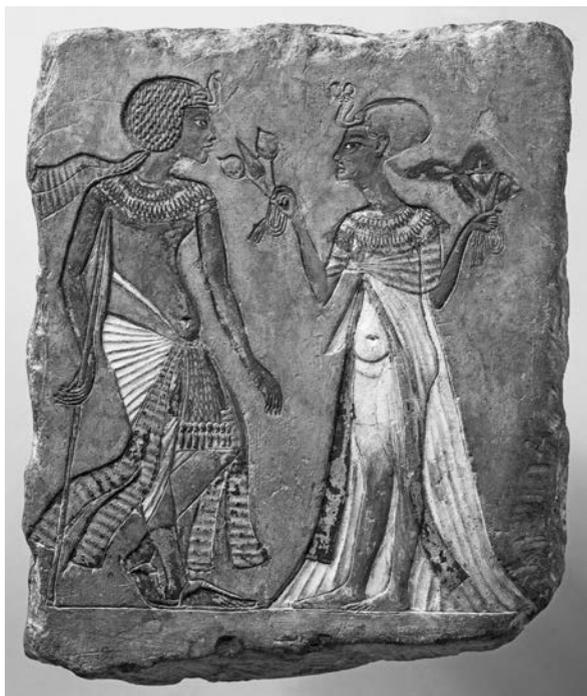
Mi padre envió su infantería y sus carros para atacar la frontera egipcia constituida por el país de Amq. Envió tropas suplementarias para atacar otra vez. Esta tablilla explica cómo los egipcios tuvieron miedo y pidieron enseguida a mi padre un hijo suyo para reinar; cómo mi padre les dio su hijo; cómo ellos se lo llevaron allí y lo asesinaron. Así, mi padre se dejó llevar por el furor, fue a Egipto y lo atacó.

Los archivos hititas incluyen también este texto fragmentario:

Cuando ellos trajeron esta tablilla, hablaron así: «Los hombres de Egipto han matado a Zannanza y han dicho esto: “Zannanza se ha muer-

to». Y cuando mi padre oyó la noticia de este asesinato, empezó a lamentarse por Zannanza y, dirigiéndose a los dioses, [...] dijo: «¡Oh, dioses, yo no he causado daño, pero los hombres de Egipto han hecho esto en mi contra, y además han atacado la frontera de mi país!».

Así pues, los textos hititas no ofrecen ninguna duda a propósito de este magnicidio: el asesinato de un rey cuya entronización y protocolo faraónico ya habían sido preparados, y que hacen de él una especie de «rey fantasma». De hecho, algunos egiptólogos ya habían observado ciertas anomalías en el nombre de entronización de este rey, y estas anomalías han acabado conduciendo a la conclusión de que dicho nombre —que, recordemos, corresponde al primer cartucho del protocolo— en realidad había sido usado por dos personas distintas: la primera vez, por un varón, el propio Esmenjkare/Zannanza; y la segunda, por una mujer. Esta última no puede haber sido otra que la propia Meritatón, quien en un hecho inaudito en toda la historia egipcia pretendió reinar con el mismo nombre de entronización que había sido compues-



Supuesta representación de Esmenjkare y Meritatón.

to para su difunto esposo, si bien feminizándolo adecuadamente; el nombre de entronización de la reina pasó a ser de este modo Anjetjepere, mientras que como nombre de nacimiento (el segundo cartucho) alteró también el suyo propio, pasando a llamarse Neferneferuatón.

*Un interesante borrador: la carta de Suppiluliuma
al rey de Egipto*

El reinado de Meritatón/Neferneferuatón como rey en solitario no fue más allá del año II/III (c. 1345 a. C.), de modo que fue sucedida por su hermana pequeña Anjesenpaatón. Y como esta estaba casada con su medio hermano Tutankhatón, así este subió al trono. Por entonces, Suppiluliuma escribió una carta al rey de Egipto, de la que se ha encontrado el borrador en el archivo de Hattusa; primero se pensó que el destinatario habría podido ser Meritatón, pero es indiscutible que la carta está dirigida a un rey varón, que no puede ser sino Tutankhatón. He aquí el borrador de la carta:

Ahora, trataré el tema de la muerte de mi hijo [...] Respecto a lo que tú me has escrito: «Tu hijo se ha muerto, pero yo no sabía nada» [...] no aún [...] ahora, tú escribes como rey de Egipto [...] Cuando se me ha pedido aquí que yo dé un hijo como marido [...], yo no lo sabía. Yo estaba dispuesto a enviar a mi hijo para ser rey. ¡Pero tú habías subido ya al trono y yo no lo sabía!

Respecto a lo que tú me has escrito: «Tu hijo ha muerto, pero yo no le he hecho daño». Cuando la reina de Egipto me escribió de nuevo, tú no eras rey [...] Pero si tú habías subido al trono entretanto, deberías haber reenviado a mi hijo a su casa [...] tu servidor Hani nos ha hecho responsables [...] ¿Qué habéis hecho con mi hijo?

Respecto al hecho de que no había habido nunca derramamiento de sangre entre nosotros anteriormente: la sangre vertida entre nosotros después no es justa. Desde el momento en que se ha derramado sangre, esto se ha convertido en una cuestión de magnicidio. Si decís que puede que hayáis causado daño a mi hijo, ¡entonces [es porque], de hecho, quizá vosotros lo habéis matado!

De esta carta se desprende que, cuando el rey hitita mandó a su hijo Zannanza a Egipto, Tutankhatón ya era rey, de modo que las muertes

del príncipe hitita y de su pretendiente egipcia han de estar muy próximas en el tiempo. Los historiadores que se han ocupado de la cuestión declaran no saber cómo murió Meritatón; eso sí, murió muy joven, a los dieciséis años aproximadamente. Pero cuesta admitir que los conspiradores que se atrevieron a asesinar al hijo del rey hitita Suppiluliuma tuvieran el más mínimo escrúpulo en eliminar también a Meritatón; al fin y al cabo, era la hija mayor de Ajenatón, el creador de la «revolución amarniense», a la que se trataba precisamente de poner fin. Meritatón no tuvo sin duda una muerte natural, y más bien hemos de confirmar un segundo magnicidio.

Poco después Tutankhamón y Anjesenamón cambiaron de nombre, volvieron a la religión tradicional y abandonaron Tell el-Amarna. El nuevo rey tenía unos nueve años. Suppiluliuma declaraba formalmente la guerra a Egipto, y el monoteísmo de Atón y la «revolución amarniense» habían tocado a su fin.

Resulta curioso, y más teniendo en cuenta la drástica *damnatio memoriae* que fue aplicada a todo el Período Amarniense y a sus reyes por parte de sus sucesores, que el recuerdo de la «reina solitaria» llegara hasta el historiador del siglo III a. C. Manetón, si bien con su nombre algo distorsionado, con el de su padre, desaparecido, y con el del abuelo, perfectamente identificado: Acenqueres (fragmento 50, según Josefo), Aquenqueres (fragmento 53, según el Sincelo y Eusebio), hija de Oro, y este hijo de Amenofis idéntico a Memnón (fragmento 53), es decir, Amenhotep III, el de la estatua parlante.

ESPÍAS Y AGENTES SECRETOS EN TELL EL-AMARNA... EN EL SIGLO XX

Cuando el faraón Ajenatón eligió un lugar del Egipto Medio para construir su nueva capital —que llevaría su nombre—, lo hizo pensando que era un enclave limpio, impoluto, donde nunca antes había habido manifestaciones de antiguas divinidades o de influencias maléficas. El infeliz no podía imaginar que Ajenatón, su inmaculada ciudad, iba a llenarse de espías, conspiradores, asesinos de toda calaña y agentes extranjeros al final de su reinado. Pero lo curioso es que el maleficio sobre Tell el-Amarna parece haber continuado en los tiempos modernos, para culminar en pleno siglo XX.

Para empezar, ni el propio nombre moderno del yacimiento es auténtico. Pero procedamos con orden. El yacimiento actualmente conocido como Tell el-Amarna fue visitado por primera vez por los sabios de la expedición a Egipto de Napoleón Bonaparte en 1798. Las ruinas de una ciudad resultaban tan evidentes que Edme François Jomard incluso pudo dibujar un plano de la misma, con sus avenidas, calles y monumentos. Lo publicó en la *Description de l'Égypte*. El yacimiento, al que llamó El-Tell, fue identificado por Jomard con la antigua Psinaula.

Apenas un cuarto de siglo más tarde, el inglés John G. Wilkinson visitó el lugar y descubrió las tumbas rupestres del grupo Norte. Él y otros ingleses efectuaron varias visitas entre 1824 y 1826, hallando además las estelas frontera que se ubican a su alrededor. Por último, los ingleses creyeron poder identificar la ciudad con Alabastrópolis. Poco después, en 1828, fue el propio Jean-François Champollion quien visitó el yacimiento, pero le bastaron pocas horas para concluir que la identificación dada por los ingleses era incorrecta y para reivindicar el descubrimiento por los franceses, manteniendo la identificación con Psinaula.

De hecho, se ha podido demostrar que las dos identificaciones son erróneas; pero lo más curioso del caso es que la denominación moderna, Tell el-Amarna, también lo es. Quien inventó tal nombre fue precisamente Wilkinson, creándolo a partir del pueblo ubicado al norte del yacimiento, en realidad Et-Til, y del nombre de la tribu de los Beni Amran: el «Tell de los Amarna». Pero en realidad el yacimiento no es un *tell* («colina»), sino que se halla en terreno llano, y el nombre mismo es una confusión con Et-Til, que se arrastraba ya desde la época de Jomard. Sea como sea, esta denominación inventada, seudotopográfica, es la que ha acabado imponiéndose por comodidad, formándose incluso su derivado, el adjetivo «amarniense».

Durante el siglo XIX, Tell el-Amarna fue visitado, estudiado y excavado por numerosas expediciones de distintas nacionalidades: empezó con la del prusiano Karl Richard Lepsius, en 1843, y de nuevo en 1845; continuó en 1891 con la del italiano Alessandro Barsanti, el descubridor de la necrópolis real, y acabó con las de los ingleses William Matthew Flinders Petrie, Francis L. Griffith y Howard Carter, a partir de 1892. Y aquí empezaron los problemas. Petrie incluso tuvo que reci-

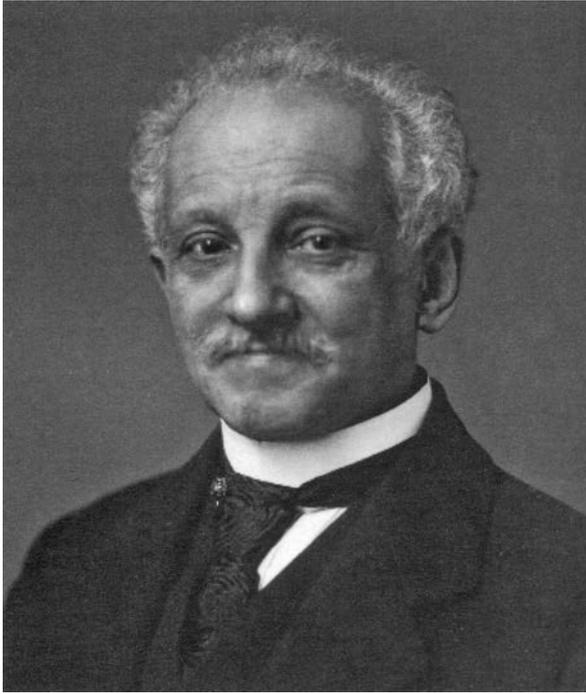
clarse en detective, siguiendo las misteriosas huellas de dos personajes que acabaron siendo los epigrafistas de otra misión, venidos a espiar. Las rivalidades entre investigadores, y especialmente entre epigrafistas, acabaron siendo la causa de que el Service des Antiquités de l'Égypte les retirase a todos el permiso de trabajo. Fue en 1898 cuando Griffith obtuvo de nuevo el permiso de excavación, y, a partir de 1902, contó con la colaboración de Norman de Garis Davies para la documentación de los relieves de las tumbas rupestres. Estos trabajos duraron hasta 1907.

Borchardt, el espía alemán

En todo caso, y para lo que aquí y ahora interesa, la historia de las excavaciones de Tell el-Amarna comienza a ponerse interesante con el siglo xx. Nuestro primer protagonista es el arqueólogo alemán Ludwig Borchardt (1863-1938), un egiptólogo polivalente e infatigable: arquitecto de formación, fue alumno en Berlín de Adolf Erman y estuvo interesado tanto en cuestiones de astronomía como de cronología, filología y museología. En 1895 viajó por primera vez a Egipto y se instaló en El Cairo desde entonces. Trabajó en Filas, Luxor, Abusir y Abu Gorab, y colaboró con el Museo Egipcio. Al mismo tiempo, desde 1899 ocupó el puesto de agregado científico del Consulado General de Alemania en El Cairo. Interesado en la arqueología del hábitat urbano, planificó una primera campaña de excavación en Amarna en 1907-1908, pero entonces estalló la primera crisis.

Este mismo año 1907, Erman obtuvo del gobierno alemán la fundación del Instituto Arqueológico Alemán en El Cairo, y el káiser Guillermo II nombró a Borchardt primer director del mismo. Pero, a principios de 1908, el egiptólogo inglés Alan Gardiner viajó a Berlín para entrevistarse con Erman y acusar a Borchardt de ser un espía. El arqueólogo alemán ya era conocido por su mal carácter y por sus pésimas relaciones con los colegas extranjeros, pero la acusación de espionaje parecía excesiva. Erman acabó obteniendo la confesión de Borchardt y, en consecuencia, pidió al Ministerio de Asuntos Exteriores la anulación de aquel nombramiento. Sin embargo, el gobierno alemán decidió mantenerle en el cargo.

Con todo, Borchardt tuvo además problemas financieros: las excavaciones en Amarna debía subvencionarlas la Deutsche Orient-Gesell-



Ludwig Borchardt.

schaft, una organización protegida por el káiser que sufría problemas económicos entre 1908 y 1910. Por ello fue en realidad el tesorero de la misma, James Simon, quien financió de su bolsillo las excavaciones. En consecuencia, Simon quedaba como propietario de las antigüedades que corresponderían a la sociedad después del reparto efectuado con el Servicio de Antigüedades, pero a su vez se comprometía a ofrecer sus piezas al Museo Egipcio de Berlín.

Borchardt realizó la primera campaña de excavaciones en 1911. Vista la magnitud del yacimiento, decidió dividirlo en cuadrículas de doscientos metros de lado, sistema que ha demostrado su utilidad, puesto que los excavadores sucesivos de Amarna lo han respetado. Hay que señalar, en cambio, que la mayor parte del tiempo Borchardt estaba ausente de la excavación, y que esta se realizaba demasiado deprisa: posteriormente, al tamizar las escombreras, se ha hallado un gran número de pequeños objetos, incluidos los fragmentos de una estatua de la pareja real, Ajenatón y Nefertiti. Estas circunstancias se encuentran en el origen de la segunda gran crisis.

El busto de Nefertiti

Fue en diciembre de 1912 cuando la misión empezó a excavar la casa y taller del escultor Tutmosis, en la que se hallaron no menos de cuatrocientos objetos, entre cabezas reales y privadas; pero Borchardt no estaba allí: otro arquitecto conducía los trabajos. Para acabar de complicar la situación, siete personas de la familia real de Sajonia, además de algunos miembros de su séquito, encabezadas por el príncipe Juan Jorge, duque de Sajonia, anunciaron su visita al yacimiento. Llegaron el 6 de diciembre. Borchardt regresó precipitadamente de Europa y llegó a Amarna prácticamente al mismo tiempo que sus ilustres invitados. La excavación, siempre en presencia de estos, siguió el día 7. Las fotografías muestran a los visitantes con objetos en la mano, y Borchardt insinúa que la princesa Matilde, hermana del príncipe, pisó y rompió varias piezas mientras caminaba alrededor de las zanjas. En su diario, Borchardt dio cuenta solo del hallazgo de dos objetos, y sin comentarios: «Fragmento de una cabeza» y «Cara de yeso, nariz gastada». ¡Pero uno de ellos era el busto de Nefertiti! ¿O no? Tal vez Borchardt *se olvidó* de mencionar el descubrimiento.

Debido a las azarosas circunstancias del hallazgo, Borchardt se vio obligado, en 1923, a justificarse con esta explicación: ya que al busto de Nefertiti le faltaba la incrustación del ojo izquierdo, al día siguiente hizo tamizar la tierra procedente de la excavación; el ojo no fue hallado, pero sí varios fragmentos de las orejas. Sin embargo, por el diario de excavación sabemos que este trabajo no se realizó inmediatamente, sino varios días más tarde.

Poco después, el 20 de enero de 1913, Borchardt se reunió con el inspector del Servicio de Antigüedades responsable del yacimiento de Amarna, que a la sazón era el francés Gustave Lefebvre. El motivo de la reunión era proceder al reparto de los hallazgos, que en aquel entonces se hacía entre el excavador y Egipto. Por un testigo ocasional sabemos que Lefebvre no vio las piezas originales —que ya estaban metidas en cajas—, sino que Borchardt le mostró solo fotografías para proceder al reparto. Y Lefebvre, caballeroso, se fío de Borchardt. El mismo testigo, Bruno Güterbock, asegura que la foto del busto de Nefertiti mostrada a Lefebvre era defectuosa; y el propio Borchardt escribió más tarde que se hizo así a fin de engañar a Lefebvre, para que no se diera cuenta de la belleza del objeto.

El mismo día por la noche, Borchardt escribió a Gaston Maspero, también francés y director al mismo tiempo del Servicio de Antigüedades y del Museo de El Cairo, pidiéndole permiso para trasladar la totalidad de los hallazgos a Berlín, con motivo de la realización de una exposición temporal. Borchardt aducía el gran interés del káiser Guillermo II en dicha exposición. Y Maspero, inocentemente, concedió dicha autorización. Fue así como Nefertiti salió de Egipto. Por lo demás, parece que Borchardt pretendía mantener el hallazgo en secreto, y mostrárselo solo al káiser, pero James Simon, propietario material de los hallazgos, era de otra opinión, y pronto el busto se dio a conocer al gran público. En febrero de 1914, finalizada la exposición, las piezas propiedad del Servicio de Antigüedades se devolvieron a Egipto, junto con una carta de agradecimiento a Maspero... pero el busto de Nefertiti ya no fue mencionado.

Pocos meses después estalló la primera guerra mundial. Durante la misma, consta que Borchardt hubo de realizar diversas tareas de información, aparentemente anodinas, a las órdenes del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín. Poca información tenemos sobre sus actividades durante los años del conflicto bélico, aunque sabemos que no abandonó del todo sus estudios egiptológicos.

¿Devolver a Nefertiti?

Terminada la guerra, Borchardt no pudo regresar a El Cairo hasta 1923, para reabrir el Instituto Arqueológico Alemán. Pero entonces empezaron sus conflictos con el Servicio de Antigüedades a propósito de la restitución del busto de Nefertiti, expuesto ya en el Museo de Berlín desde este mismo año. El conflicto fue especialmente áspero con Pierre Lacau, el nuevo director del Servicio de Antigüedades, francés como su antecesor Maspero, y así se originó la tercera y definitiva gran crisis. En vista de su escaso espíritu de cooperación, Lacau acabó prohibiendo a Borchardt excavar de nuevo en Egipto. Además, el francés terminó por viajar a Berlín en 1929, para entrevistarse con Heinrich Schäfer, el nuevo director del museo, sucesor de Erman en el cargo. Allí acordaron la restitución del busto a Egipto. Sin embargo, la presión de la opinión pública alemana acabó frustrando el intento.

Borchardt abandonó el Instituto Arqueológico Alemán en 1929 y luego participó en la creación del Instituto Suizo de Investigaciones

Arquitectónicas y Arqueológicas del Antiguo Egipto, que custodia aún sus archivos. Varias anécdotas de estos años, que me han sido explicadas por sus protagonistas, demuestran su escasa empatía con otros egiptólogos, especialmente de otras nacionalidades. En cierta ocasión, visitó los trabajos de restauración que el joven arquitecto francés Jean-Philippe Lauer llevaba a cabo en Saqqara. Este acababa de descubrir que la mastaba inicial sobre la que se construyó la pirámide escalonada del rey Dyoser no era de planta rectangular, como sería de esperar, sino cuadrada, y así se lo explicó. Borchardt le respondió: «Joven, no pretenda enseñarme arqueología».

Este polémico arqueólogo-espía falleció en 1938... ¡en París!

Pendlebury, el Indiana inglés

Tras retirar a los alemanes la autorización para excavar en Amarna, en 1920 el Servicio de Antigüedades devolvió el permiso, como parecía lógico, a los británicos, quienes reemprendieron los trabajos a cuenta de la Egypt Exploration Society. Entre 1921 y 1928 las excavaciones fueron dirigidas, sucesivamente, por Eric Peet, Leonard Woolley, Francis G. Newton —que en 1924 enfermó y murió durante la excavación—, Thomas Whittemore y Henri Frankfort, que se esforzaron en continuar los trabajos de quienes les habían precedido en el yacimiento.

En 1928, se incorporó al equipo británico el joven John Devitt Stringfellow Pendlebury (1904-1941), quien se hizo cargo de la dirección a partir de 1930. Pendlebury, conocido sobre todo por sus proezas deportivas, su *joie de vivre*, sus extravagancias y su amor por Creta, estaba ya trabajando en esta isla, donde había llegado a conocer al arqueólogo Arthur Evans. Durante todos los años treinta, Pendlebury, siempre acompañado de su esposa Hilda, repartió su tiempo trabajando en invierno en Tell el-Amarna y en verano en Creta. A pesar de que cierta «leyenda áurea» ha envuelto posteriormente su figura, la dirección de las excavaciones en Amarna no estuvo exenta de dificultades: el carácter autoritario de su esposa, la bisoñez de sus colaboradores, los objetos que aparecieron aquellos años en el mercado de antigüedades —evidentemente robados— y, en fin, ciertas dificultades económicas, culminaron con la acusación de ineficacia por parte de uno de sus colaboradores, Herbert W. Fairman.



John Devitt Stringfellow Pendlebury.

La invasión alemana de Creta en 1940, durante la segunda guerra mundial, cogió a Pendlebury en la isla. El arqueólogo, gran conocedor del lugar, resultó entonces ser oficial del Servicio de Operaciones Especiales del Ejército británico: en concreto, capitán del Cuerpo de Inteligencia. De inmediato se puso al frente de las guerrillas de resistencia al invasor, como oficial de enlace con las tropas cretenses, pero resultó herido en combate y fue fusilado por los alemanes en mayo de 1941. Héroe de guerra, románticamente enamorado de la arqueología como aventura y de la milicia por su atracción hacia el peligro, Pendlebury es la histórica prefiguración del personaje de ficción Indiana Jones. Con una diferencia: el de la vida real... acabó mal.